Observatorio Pastoral

P. JOSÉ MARÍA GRAN CIRERA, MSC[1] (Guatemala)

Fecha de nacimiento: 27 de abril de 1945.
Lugar de nacimiento: Barcelona, España.
Fecha de ordenación sacerdotal: 9 de junio de 1972.
Año de su llegada a Guatemala: 1975.
Fecha de su muerte: 4 de junio de 1980.
Lugar: Cerca de la aldea Xe Ixoq Vitz, Municipio de Chajul.

José María había entrado en el Noviciado de los Padres Misioneros del Sagrado Corazón, en Canet de Mar, Barcelona, en 1965. Hizo su profesión religiosa el 8 de septiembre de 1966. Fue ordenado sacerdote en Valladolid (España) el 9 de junio de 1972; tres años después llegó como misionero voluntario a trabajar pastoralmente en la Diócesis de Quiché, en Guatemala [2].

Sus cinco años misioneros en Quiché los desarrolló trabajando pastoralmente en tres parroquias: de noviembre de 1975 a febrero de 1978 en Santa Cruz del Quiché, cabecera departamental; de febrero a agosto de 1978 en Zacualpa, y de septiembre de 1978 hasta su muerte, en la Parroquia de San Gaspar Chajul.

Hombre entregado a la gente, le gustaba servir a los más abandonados y lejanos con un gran espíritu misionero: *"Me voy para el norte muy contento. Será en cierta manera una vida un tanto distinta a la que he llevado hasta ahora; pero la verdad, era por lo que había suspirado desde que llegué a Guatemala"* (carta a sus familiares).

El P. José María Gran no ocultaba su alegría de estar en Chajul, parroquia inmensa y difícil, no sólo por su accidentada geografía, dificultades climáticas, condicionamientos de otra cultura y otra lengua, sino, y sobre todo, por la represión que las poblaciones del lugar sufrían. Sabía bien lo que le esperaba cuando se despidió de sus queridos feligreses de Zacualpa. Hombre sensible y de corazón

---

1. Por coherencia con la unidad de todo el texto de la Diócesis de Quiché, se optó por consignar aquí también las biografías de los tres Misioneros del Sagrado Corazón.
2. La biografía del Padre José María Gran Cirera puede consultarse en: Diócesis del Quiché, DIERON LA VIDA. (4ª ed.), Guatemala, 2003.

inquieto, pronto se identificó con la gente sencilla y laboriosa de Chajul.

El trabajo pastoral en esta zona comprendía la realización de «recorridos largos» para hacerse presente en cada una de las comunidades y aldeas de la Parroquia, muchas de ellas muy alejadas del pueblo de Chajul, centro de la parroquia y donde en 1980 residían dos sacerdotes Misioneros y una comunidad de Hermanos Maristas[3]. El caminar durante largas jornadas en regiones selváticas, con clima adverso y en circunstancias difíciles de violencia, no le atemorizaron: *"Es ahora en Guatemala cuando considero que voy encontrando lo que es la Navidad* -escribía en cierta ocasión*. El que Dios viniera entre los hombres para dar sentido a todos los hombres, principalmente a los más pobres y desilusionados de la vida, para darles esperanza. Lo estoy comprendiendo cada año más cuando estoy en contacto con estas gentes del Quiché. Ellas me han ayudado a vivir la esperanza y alegría que nos trae Jesús".*

La señora Juana Laynez que estaba trabajando al servicio de los Padres como colaboradora doméstica, narra: "*El Padre José María tenía mucho entusiasmo y ánimo en trabajar en las comunidades. Cada vez que regresaba de las comunidades manifestaba que se sentía muy contento de haber venido acá en nuestra Parroquia, a pesar de la situación dura que se iba dando siempre más en aquel tiempo*".

El P. José María Gran descubría la presencia y el rostro de Dios en la gente que sufría por muchas carencias y por las persecuciones; veía cada vez más claro el sentido de la misión y de su compromiso evangélico con los pobres y perseguidos. Era muy consciente de la inestabilidad política que se fue apoderando de estos pueblos por siempre olvidados de las políticas oficiales de desarrollo: *"Hay más soldados que antes en Chajul* -escribía en otra ocasión- *y, debido a ciertos rumores que corrían entre las gentes, preferimos no dejar el pueblo por muchos*

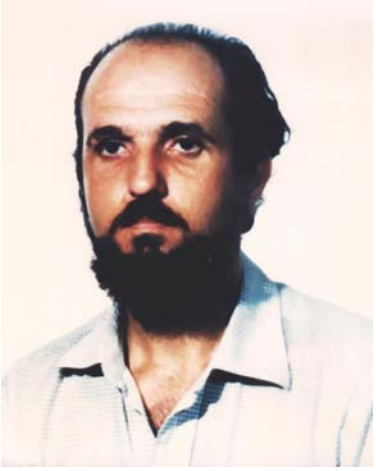
[3]. La comunidad de Hermanos Maristas estaba conformada por los Hermanos Ciriaco Lezáun, Emilio Manjón y Felipe Vallejo.

días, pues con tanto soldado la gente no está tranquila y la presencia del Padre, aunque poco puede hacer, siempre da un poco de tranquilidad".

La anciana señora Juana Mendoza, vecina del convento parroquial, recuerda al P. José María, al narrarnos lo siguiente: "*Lo que nos decía el Padre José María era un testimonio muy claro; la Palabra de Dios era lo que él nos proporcionaba. Nos hacía sentir que Jesús caminaba con nosotros bajo nuestras cruces. Las calumnias que hacían circular sobre él los soldados, nunca las creíamos*".

El Padre José María, a pesar del corto tiempo que estuvo en la Parroquia de San Gaspar Chapul (no completó los dos años), dejó un testimonio muy ejemplar entre la gente.

A él lo recuerdan como el Padre lleno de energías, jovial y de un trato de mucha sencillez y humildad. Su servicio pastoral lo realizó en particular en las comunidades más lejanas y de difícil acceso, al lado del Padre Abimelek Robles, su cohermano de Congregación y párroco. José María, como vicepárroco, era el que asumía las tareas más duras, sobre todo saliendo a las celebraciones en las aldeas. Misión que realizaba con mucha alegría.



Los testimonios de los feligreses apuntan hacia unas características del Padre José María muy fundadas en el Evangelio de Jesús, muy abiertas a la vida de la gente, atento a su vida y preocupaciones.

Esto era lo que buscaba siempre el P. José María Gran: estar con la gente, a su lado, con su presencia tranquilizadora, corriendo y admitiendo el riesgo de que su presencia podría ser también destruida violentamente. Le dolía ver que cada semana había varios muertos entre los campesinos indígenas chajulenses de su Parroquia, familias que perdían al papá, hermanos, tíos...

El día 31 de enero de 1980, murieron calcinados en la Embajada de España en la ciudad de Guatemala 39 personas, la mayoría de ellos eran campesinos y algunos catequistas del departamento de Quiché. Esto golpeó mucho a la población toda del departamento. En medio de aquellas circunstancias, el Obispo de la Diócesis, Monseñor Juan

Gerardi, los sacerdotes y religiosas, denunciaron con valentía *"la situación de violencia extrema, agravada por la ocupación militar de la zona Norte (*se refiere al Quiché*) y otras medidas que, de hecho, golpean al pueblo en beneficio de unas minorías"*. Esa situación pesaba sobre Quiché desde hacía cuatro años, por lo que seguían diciendo en el comunicado diocesano: *"Como causa de fondo descubrimos un esquema de desarrollo económico, social y político que no toma en cuenta los intereses de los pobres..."*

Los agentes de pastoral interpretaban tales acciones a la luz de la Palabra de Dios y de los principios de la ética cristiana cuando decían: *"Desde nuestra experiencia de fe, interpretamos esta realidad como un rechazo al plan de Dios y, por tanto, como una situación continua de pecado. El Señor se identifica hasta tal punto con su pueblo que lo que hagamos con los pobres se lo hacemos a El... Desde nuestra opción por los pobres, y en solidaridad con ellos, damos razón de nuestra esperanza en Jesús Resucitado, porque le reconocemos presente en este pueblo..."* La vida de la gente en Quiché siempre fue muy dura, austera, recia.

Pocos días después de esta declaración diocesana, el P. José María Gran fue citado un día por el comandante militar del pueblo de Chajul para que se hiciera presente en las dependencias del destacamento; "encuentro" en el que se desarrolló un diálogo, que en términos generales podemos resumir así:

Comandante.- ¿Quién lleva información para esos mentirosos comunicados que sacan Ustedes y el Obispo?

P. José María G.- Los hechos de la Embajada los conoce todo el mundo. Han de saber que el canal 11 de televisión transmitió escenas del asalto y del incendio de la Embajada.

Comandante.- Fueron los subversivos los que la incendiaron. Y no olviden ustedes que con esos detestables comunicados están haciendo política antigubernamental en favor de los subversivos comunistas y que la mayor parte de ustedes son extranjeros. Quiero saber quién da la información. Usted tiene que saberlo. Usted es uno de ellos. Sólo ustedes llevan esa información, falseando los hechos. ¿Quién si no ustedes informaron sobre las mujeres de Nebaj?

P. José María G.- A nosotros nos preocupa lo que está pasando en El Quiché y queremos la paz y trabajamos por ella. Con esos comunicados sólo buscamos que no haya más muertes violentas...

Comandante.- No hace falta que diga más. Usted ha dado la información. No se olvide que es extranjero y aténgase a las consecuencias. Puede irse.

Y las consecuencias no se hicieron esperar: se empezaron a levantar contra la Iglesia calumnias de todo tipo, corrían las acusaciones y sospechas totalmente infundadas en contra de los sacerdotes Misioneros, religiosas y catequistas de la región. Ser catequista empezó a ser asimilado a subversivo y esto era suficiente motivo, sin realizar algún tipo de investigación, para secuestrar, desaparecer y asesinar. La consigna fue creciendo, de tal modo que cualquier miembro activo de la Iglesia católica era perseguido. "¡*A por los Padres!*", empezaron a decir. A pesar de estas amenazas tan explícitas, el Padre José María, animaba a la gente a mantenerse firme en el camino de Jesús, para que nadie se desanimara.

El P. José María con algunos miembros más de la Parroquia emprendieron en el mes de mayo de 1980 una gira misionera por el municipio de Chajul, que les llevó varios días. El viaje de regreso llevó igualmente varias etapas, realizadas a caballo y a pie. La última que emprendió fue al amanecer del día 4 de junio de 1980: el P. José María Gran, contento de varios días de trabajo pastoral por las comunidades, regresaba hacia Chajul, junto con su sacristán Domingo del Barrio Batz. Unas dos horas les faltaban para llegar al pueblo de Chajul. Luego de cruzar un río iniciaron una larga subida y en el trayecto se percataron de la presencia del ejército en el lugar; ya arriba, ambos fueron interceptados por un batallón del ejército nacional y ultimados a tiros. Luego les colocaron en sus mochilas propaganda de la guerrilla para poder acusarlos de subversivos ante los medios de prensa nacional e internacional. El P. José María tenía 36 años.

El P. José María Gran murió como vivió: en camino; dando testimonio de su fe en Jesús, vivió su corta vida al lado de los más necesitados y desatendidos. Quiso hacerse hermano de todos. Fue consciente del difícil momento que atravesaba el trabajo pastoral de la Iglesia, y sin embargo permaneció firme hasta el final en su misión. Murió como Jesús, a manos de criminales y desalmados, indefenso y pobre, acribillado por siete balas que pretendieron acabar con su vida, su trabajo y su misión, y así poner fin al trabajo de Iglesia en las comunidades. Sin embargo, su compromiso va más allá de la muerte. Y la fuerza de su testimonio anuncia claramente el misterio de la resurrección de Jesús.

El P. José María era un hombre muy sincero y transparente; sin embargo, quienes le dieron muerte dejaron llenas sus mochilas de propaganda subversiva, con el fin de hacer creer a los medios informativos de que él y su sacristán eran subversivos, y así justificar impunemente el crimen, y a la vez lavarse las manos como Pilatos; por lo que el Obispo Juan Gerardi, en una celebración realizada el 15 de junio en la Catedral de la Diócesis denunciaba y condenaba el hecho de esta manera:

> *"No les den oídos a las voces que quieren enlodar este testimonio. No den ustedes oídos a aquellos que dicen que a los curas hay que matarlos y a las monjas hay que matarlas, porque son comunistas. Hermanos, ¡no! Parte de esta persecución religiosa es la campaña de desprestigio y difamación que han venido sufriendo obispos, sacerdotes y religiosas, tendiente a crear un clima de desconfianza del pueblo católico hacia sus legítimos pastores. Para nosotros es especialmente significativa, por las circunstancias que la rodean, la muerte del Padre José María Gran Cirera, MSC, párroco de Chajul, asesinado por la espalda, mientras regresaba a caballo de llevar el consuelo de la religión a numerosos feligreses de apartadas aldeas de su parroquia, acompañado únicamente por su sacristán don Domingo Batz, que fue igualmente asesinado".*

El anciano catequista Gaspar Rivera relata con profunda emoción "*la gran tristeza que embargó a todo el pueblo cuando el cuatro de junio, ya por la tarde, llegó al pueblo la noticia del asesinato del Padre José María y de su amigo el sacristán que lo acompañaba, Domingo del Barrio Batz*". Así también recuerda cómo "*muchos notaron que en aquella tarde, sobre el lugar donde estaban los cadáveres mutilados del Padre José María y de Domingo, bajaron densas nubes y unas fuertes lluvias. Como para expresar el gran*

dolor de todo un pueblo que lloraba a dos auténticos testigos del Reino de Dios".

Esa noche del cuatro de junio, de casa en casa circulaba la noticia de que allá en *Xe Ixoq Vitz* se estaba realizando el velorio de los restos del Padre José María y de Domingo únicamente por parte de la sagrada montaña. Una muerte de este estilo no había ocurrido en Quiché durante años; la gente quedó escandalizada, indignada, aterrorizada.

Al día siguiente, de madrugada, muchas mujeres, hombres y niños, corriendo fueron a buscar los restos de Domingo y del Padre José María. Al llegar al lugar se encontraron con sus restos destrozados. Con saña diabólica al Padre José María le habían cortado un brazo y su mano la encontraron a unos metros de sus restos.

El desprecio y la deshumanización que manifestaron los hechores del asesinato de Domingo y del Padre José María llegó hasta el punto de usar el ornamento sagrado que el Padre se ponía para la celebraciones de las Eucaristías, para hacer una manta con escritos que lo comprometían como miembro de una organización guerrillera. Esto nos recuerda lo mismo que pasó cuando pusieron una inscripción sobre la cruz que decía el motivo de la condena de Jesús.

El catequista Manuel Ortega, que lo conoció bien, recuerda que en la homilía de una misa le dijo a la gente: "*El momento que nos toca vivir nos exige a todos un compromiso muy grande. Jesús, en su Palabra, nos invita a seguirle cargando entre todos con él la Cruz. No olvidemos estas Palabras de Jesús, hermanos; y también acordémonos que para cargar juntos la cruz tenemos que trabajar muy unidos*".

En un ambiente en donde el clima de violencia iba tomando siempre más fuerza, muchas veces en las homilías, el Padre José María trataba, desde la Palabra de Dios, de iluminar a sus hermanos en la fe, y explicar a la gente sencilla con palabras apropiadas el porqué de aquella persecución a la Iglesia que quiere ser fiel a la Palabra de Dios.

Felipe Galindo, catequista, recuerda que en las últimas visitas, unos días antes de su martirio, en Santa Clara, "el P. José María dijo a su sacristán, Domingo: «*Por ahí andan los del ejército, pero no*

importa, porque solamente pueden matar el cuerpo y no el alma». Y animaba a los catequistas diciendo que si moría, que siguieran trabajando unidos para alimentar su fe y la de sus hermanos. Que vendrían tiempos difíciles, de persecución, tal vez, de refugio en la montaña, pero que deberían perseverar.

Siempre, según el testimonio de Felipe Galindo: *"Estando en la comunidad de Chel, el Padre José María se dio cuenta también que el ejército estaba en la comunidad y que lo vigilaban"*. En esa situación el Padre José María, en la misa, dio un mensaje sin temor. Esa vez tomó el texto del Génesis 4, 1-16. Decía que *"hay hermanos injustos que llegan a matar a sus mismos hermanos por razones que no tienen ningún fundamento. Al comentar este pasaje parecía que hablaba de su misma vida, porque él también falleció de la misma manera que Abel"*.

Como miembro de un conjunto musical de la Parroquia, el catequista Salvador Caba, recuerda muy bien la petición que el Padre José María les hacía a todos en esos momentos en los que el ejército y la guerrilla invitaban a la lucha, sin pensar que era el mejor camino: "*Pongan cuidado, hermanos, para no tirarse a un camino que los puede llevar a la muerte, a matarse entre ustedes. Esto les traería mucho sufrimiento y la destrucción de su mismo pueblo"*. El mencionado catequista, cuenta que ese domingo, al salir de la Santa Misa, algunos se acercaron al Padre para que les aclarara bien lo que él les había dicho en la homilía.

El mismo Salvador Caba nunca puede olvidar aquel momento en el que, también en una homilía, y con mucha emoción, el Padre José María les manifestó abiertamente: "*En estos momentos tan difíciles tratemos con todo el corazón de dar un testimonio delante de nuestros hermanos. Seamos como verdaderos*

misioneros entre ellos". Esto nos lo muestra como un religioso con profunda confianza en Dios, un enamorado de su vocación al servicio de la misión, de la propagación del Reino de Dios.
En las celebraciones de la Eucaristía, que de vez en cuando realizaba en casas particulares, la gente lo recuerda como un hombre muy claro en su testimonio, muy consciente de lo que significaba permanecer entre ellos en esos momentos de persecución contra la Iglesia, sobre todo cuando sabía que la amenaza contra los sacerdotes era real.

De su corazón brotaba un amor grande para el pueblo que estaba sufriendo mucho por una represión despiadada que ya se había iniciado en el pueblo y en muchas aldeas.

Juan Anay, que en esos días estaba trabajando en arreglar unas instalaciones del convento parroquial, cuenta cómo se le quedaron grabadas en su corazón las últimas palabras que le dijo el Padre José María, antes de que éste emprendiera su última gira pastoral: "*Nunca se olviden Ustedes que cuando hay un gran sufrimiento, Dios es cuando más se hace presente al lado de uno*".

Sus restos mortales fueron colocados en la Iglesia parroquial de San Gaspar Chajul para que todo el pueblo le rindiera el tributo de reconocimiento; luego, en medio de una gran tensión, fueron trasladados al pueblo de Chichicastenango, donde recibieron cristiana sepultura en una tumba prestada por un vecino del lugar. Hasta en esto se parece a la muerte de Jesús. El pueblo de Chajul, golpeado por todos los costados, se resistía a dejarlo marchar, pero se rindieron a lo que la prudencia de las circunstancias aconsejaban en ese momento. El desconsuelo y la tristeza no impidió rendirle un sentido y profundo último adiós, cuando el féretro iba saliendo por la calle principal, todo el pueblo estaba agolpado sobre la vía: las mujeres de Chajul, con una gran fe y entereza, reconociendo la verdad de aquel testimonio, alfombraron con rosas y pétalos de diversas flores el camino, que disimuladamente llevaban escondidas debajo de sus Güipiles tradicionales; nadie podía ver de dónde salían tantas flores, símbolo de la fe de un pueblo que se resistía a aceptar que todo pudiera terminar con la muerte.

Reconocían que su vida era memoria viva de la muerte y resurrección del mismo Jesús, *"y él que había amado a los suyos, que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el final"* (Jn 13, 1). Qué bien se aplican al Padre José María, los versos del poeta:

«Si Cristo fue mi comida,
dejadme ser pan y vino
en el lagar y el molino
donde me arrancan la vida».

Porque *“les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere dará fruto abundante”* (Jn 12, 24).

Trece años después, la Parroquia de Chajul reclamó sus restos y fueron exhumados en junio de 1993. Con mucha devoción y veneración, fueron llevados de nuevo a la Parroquia de San Gaspar Chajul, donde han quedado dignamente colocados bajo el altar mayor de la gran Iglesia del pueblo, recientemente reconstruida y restaurada. Allí, sus restos son un signo elocuente de la entrega de una vida misionera hasta el final, hasta derramar su sangre sirviendo a la causa de la vida, a la causa de la Iglesia, a la causa del Evangelio de Cristo Jesús.

Cuando en junio de 1972 fue ordenado sacerdote José María Gran, el fuego del Espíritu ardía en su corazón guiándolo hacia un pueblo pobre del Tercer Mundo; su corazón disponible tal vez le permitía intuir que su destino final podría ser Guatemala. En España nació, pero en Guatemala nació para Cristo, sellando con su sangre el amor por los más pobres.

Fue un hombre con vocación bien definida, confirmada y fortalecida en la misión, al palpar la increíble miseria y atraso de las aldeas de Chajul. Para sentir compasión sólo se necesitaba ser humano. Y el Padre José María lo era. Para entregar sus fuerzas y la vida, sólo se requería aceptar fielmente identificarse como seguidor del Siervo sufriente de Yahvé (Is 53). Y el Padre José María ciertamente lo aceptó, se hizo hermano de los más pequeños.

Su entrega, su trabajo y su martirio son un desafío para nuestra Iglesia. Dios tenga misericordia de sus asesinos y de quien haya ordenado que lo mataran, porque sólo Él puede darles luz y valor para reconocer su pecado y arrepentirse; y esto únicamente si se atreven a escuchar la voz de su conciencia.

OBSERVATORIO PASTORAL – CELAM
Teléfonos (57-1) 5879710 Ext.312/319
Correo electrónico: observatorio@celam.org
web site http://www.celam.org